

# TEORIA DE LA MANCHA

---

por JOSE M.<sup>a</sup> MARTINEZ VAL

## I. LA MAGIA DEL NOMBRE

Teoría es una noble palabra. Cargada de siglos de la mejor historia —ese cordón umbilical y espiritual que nos une a Grecia— se ha perpetuado en todo idioma culto con la acepción que le fijó Platón (*Leyes*, 951): «contemplación de espíritu, meditación, estudio». No es preciso añadir nada más. Ensayamos contemplar la Mancha, meditar sobre su realidad, estudiar su vida y su ser en lo que tienen de más fijos. Y decantar, en pocas páginas, el producto de nuestra observadora meditación.

La Mancha es un nombre. Podría no ser ninguna otra cosa. O sea: podría —sencillamente— no ser, no tener esta realidad física y humana que se enclava, a modo de humilde estameña parda, sobre el cuerpo de España. Porque lo más importante de la Mancha es el nombre. Como no nos importa la originalidad, vamos a caer —conscientemente— en el tópico. Desde que aquel asendereado hombre que fué Miguel de Cervantes escribió ese asendereado libro que es —y sigue y seguirá siendo— «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», esta región es nombre. Lo que no es poco —porque una secular y profunda batalla se libró en todas las Escuelas en torno al nominalismo. Y porque en el nombre está la sustancia, que con la acción del verbo forman esa delicada realidad que es el pensamiento.

Pero este nombre puesto al frente de un libro ilustre —ese libro que delimita el campo para los torneos sobre la españolidad— es una primera paradoja. Una broma del genio. Una trampa o escamoteo que el autor puso a la esclava atención de sus lectores. Porque, en el libro, no está la Mancha. Hay, ciertamente, otros nombres tan reales como el de la región: Ciudad Real y Miguelturra, Criptana o Tirteafuera, caminos, ventas y batanes. Pero su realidad está eludida. Los comentadores del «Quijote» han fracasado